EPÍLOGO.

El dia 1.° de Noviembre de 1867, al llegar el tren á la estacion de Leghorn, bajaron de él tres mujeres, un anciano y un jóven. En las primeras se hubiera podido reconocer á Julia, Clélia y Camila, las cuales vestian de riguroso luto, notandose en sus semblantes la profunda pena que las afligia; el segundo, era Dentato, á quien la bella inglesa no quiso abandonar, dejandole en la miseria, y no es necesario decir que el jóven era el fiel Jacobo.

El capitan Thompson, que esperaba en la estacion con su esposa, la *signora* Aurelia, se acercó presuroso á los viajeros, y Jacobo, con esa vivacidad que le distinguia, refirió en pocas palabras los últimos acontecimientos que habian tenido lugar.

Al pensar en sus fieles amigos, cuya generosa abnegacion y patriotismo les habia costado la vida, las mujeres vertieron abundantes lágrimas, y tal era su emocion, que apenas podian articular una palabra, hasta que al fin, el capitan Thompson se acercó á Julia y la dijo:

—Señora, el buque está anclado á poca distancia, y solo espero vuestras órdenes; ¿deseais pasar á bordo?

—Sí, Thompson, contestó la inglesa, deseo marchar inmediatamente para alejarme cuanto antes de este país, que ha sido la tumba de mis mas fieles amigos.

Una hora despues, el *Seagull* se hizo á la vela con rumbo á Inglaterra, donde Manlio y Silvia se reunieron con Julia y su nueva familia.

La noble inglesa juró que no volveria á visitar la desgraciada Italia, hasta que Roma se viese libre del despotismo clerical, y se la permitiera erigir un monumento á la memoria de su amado Muzio y de sus heróicos compañeros.

FIN.